

OPINIÓN · FILOSOFÍA Y DEBATE PÚBLICO

Un montón de nada

POLLOS POR KFC

> *Ernesto Laclau explicó cómo se arma un pueblo con palabras vacías. Las cámaras de eco se quedaron con la mitad que no cuesta nada, y esa mitad siempre termina en una piedra.*

POR BERNARDO BORKENZTAIN

NOVIEMBRE DE 2026

> *«Cuando yo uso una palabra», dijo Humpty Dumpty en tono más bien desdeñoso, «significa exactamente lo que yo decido que signifique, ni más ni menos».*
>
> *«La cuestión es», dijo Alicia, «si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas».*
>
> *«La cuestión es», dijo Humpty Dumpty, «quién manda. Eso es todo».*
>
> LEWIS CARROLL, *A TRAVÉS DEL ESPEJO* (1871)

En septiembre de 2006, en una charla en Berkeley, Judith Butler dijo que era sumamente importante entender a Hamas y a Hezbollah como movimientos sociales progresistas, de izquierda, parte de una izquierda global. Después aclaró que su frase era descriptiva: esas organizaciones se definen como antiimperialistas, y el antiimperialismo es un rasgo de la izquierda global. La aclaración empeora el asunto, porque confiesa el método. Alcanza con declararse enemigo del enemigo para entrar en la familia.

Diez años después, Hamas fusiló a Mahmoud Ishtiwi, comandante de su propio brazo armado, con tres balazos en el pecho. Lo acusaban de robo y de «torpeza moral», que en el diccionario de Hamas quiere decir homosexualidad; antes lo tuvieron más de un año preso y torturado. En marzo de 2024, en Pantin, en las afueras de París, Butler dijo que el 7 de octubre había sido un acto de resistencia armada, ni terrorismo ni antisemitismo. Mientras tanto, en las marchas, alguien levantaba un cartel de Queers for Palestine, y en las redes le contestaban con un meme de pollos haciendo campaña por la cadena que los fríe: pollos por KFC.

El meme es grosero y acierta. Le falta la teoría, y la teoría la dejó escrita un argentino.

El manual

Ernesto Laclau, muerto en 2014, fue el filósofo de cabecera del kirchnerismo y de Podemos, y se lo ganó. Una sociedad, explicaba, junta reclamos que no tienen nada que ver entre sí: el agua de un barrio, el salario de un gremio, la vivienda de otro. Mientras cada reclamo se atiende por ventanilla, el sistema los digiere de a uno. Cuando la ventanilla se cierra, los reclamos se reconocen como equivalentes y necesitan un nombre que los cubra a todos. Ese nombre («el pueblo», «justicia», el apellido de un caudillo) tiene que vaciarse de contenido propio para poder representar el conjunto. Laclau lo llamó significante vacío. Al que se disputan dos bandos, como «libertad» o «democracia», lo llamó flotante, con un término que tomó de Lévi-Strauss.



EL SIGNIFICANTE VACÍO

Hay que darle a Laclau lo que es suyo. Eso no es una enfermedad, es la política, y nadie hizo jamás una revolución con glosario. Pero su cadena tiene dos patas y un piso. Las patas son el nombre vacío y un enemigo común. El piso son los reclamos concretos: sin agua, sin salario, sin vivienda, no hay cadena. Hay una barra que canta.

II

La cadena de los incompatibles

Volvamos a Berkeley y miremos quién habla. Judith Butler es judía, feminista, lesbiana y laica: un collage de cuatro piezas, y cualquiera de ellas basta por sí sola para no poder vivir tranquila en la Gaza de Hamas. La carta fundacional de Hamas, de 1988, cita el hadiz de los judíos escondidos detrás de las piedras y los árboles, y le asigna a la mujer la tarea de fabricar hombres para la causa. A Ishtiwi lo fusilaron por acostarse con hombres. Y una laica no tiene casillero en un régimen que gobierna en nombre de Dios. En 2017 Hamas publicó un documento que limó el lenguaje de la carta, pero nunca la derogó. Aun así, la izquierda global de Butler tiene lugar para Hamas.

Ahí está el peligro del significante vacío, con el ejemplo más limpio que se puede pedir. Lo que el modelo de Laclau no contempla es qué pasa cuando el vaciado llega al fondo. «Izquierda global» terminó tan hueca que ya no protege a ninguno de sus miembros: admite a quien quiere matar a la que la pronuncia, con la única

C

L

P

C

L



E E

A 868 R H B 8 6

E U P C

A N É C

A C D

H

Queda por explicar por qué ese enemigo, que en teoría podría ser cualquiera, termina siendo casi siempre el mismo.

III

La piedra necesita un cuerpo

René Girard estudió durante décadas cómo resuelven los grupos humanos su violencia interna. La rivalidad se contagia, la tensión sube, y en algún momento se descarga sobre una víctima elegida por todos. Esa unanimidad contra uno produce una paz que ninguna asamblea consigue. La víctima no tiene que ser culpable: tiene que estar a mano.

A una idea no se la puede apedrear. La turba necesita un cuerpo, y tampoco le sirve un mosaico: necesita un bloque. Un significante flotante puede pasarse años en el aire, pero una comunidad que solo se sostiene por su enemigo tiene que descargar en algún momento, y para descargar hay que bajar la palabra a tierra. La piedra cae siempre en el mismo lugar: donde la historia ya dejó un hueco con la forma de una víctima.



LA PIEDRA NECESITA UN CUERPO

Orwell lo puso en escena en *1984*. Durante los dos minutos de odio aparece en la pantalla la cara de Emmanuel Goldstein y el público aúlla. Nadie leyó el libro de Goldstein; todos reconocen la cara. El enemigo del pueblo tiene apellido judío.

A una idea no se la puede apedrear. La turba necesita un cuerpo.

IV

Sionismo, o la piedra en el judío

El sionismo tiene una historia que se cuenta con nombres propios, y casi ninguno se lleva bien con el de al lado. Herzl lo pensó laico y diplomático. Ajad Haam lo quería cultural, un centro espiritual antes que un Estado, y ya en 1891 escribía contra el maltrato de los colonos a los árabes. El Mizrachi lo hizo religioso. Ber Borojov lo hizo marxista. Hashomer Hatzair lo llevó al kibutz colectivista y defendió hasta 1948 un Estado binacional. Martin Buber y Gershom Scholem fundaron Brit Shalom para pedir lo mismo con argumentos pacifistas. Jabotinsky le respondió con el muro de hierro. Y en el otro extremo, el Lehi de Avraham Stern llegó a proponerle a la Alemania nazi una alianza contra los británicos. Laicos, rabinos, comunistas, liberales, pacifistas y pistoleros, todos bajo la misma palabra y sacándose los ojos durante cien años.

Esa pluralidad no habla de ninguna virtud especial ni de un exceso de tolerancia. Es la condición de cualquier significante político: flota, y varios proyectos se lo disputan hasta que alguno lo fija por un tiempo. Criticar cualquiera de esas corrientes es legítimo, y los primeros en hacerlo fueron siempre otros sionistas.

En la cámara la palabra perdió la historia y ganó volumen. Ahora significa colonialismo, capitalismo, la prensa, los bancos, el lobby y una entidad que se resume en «los que mandan». Mientras flota, cualquiera puede jurar que habla de un Estado y no de un pueblo. El problema es cuando aterriza.

En junio de 2017 la Dyke March de Chicago, una marcha lésbica, expulsó a tres mujeres porque llevaban banderas del arcoíris con una estrella de David en el centro. Semanas después, mientras llovían las críticas, la cuenta oficial de la marcha tuiteó que las lágrimas de los «zio» le reponían los electrolitos. Al día siguiente borró el mensaje, pidió disculpas y explicó que no conocía la historia de la palabra: quería decir sionistas. «Zio» es la abreviatura que popularizó David Duke, ex gran mago del Ku Klux Klan. Lesbianas progresistas que expulsan a judías y después se burlan de quienes protestaron con el vocabulario del Klan, sin saber de dónde viene. La palabra apuntaba a un Estado a once mil kilómetros, y la piedra cayó sobre tres mujeres con una bandera en una plaza de Chicago.

Hay además una prueba casera. Preguntale a quien usa «sionista» como insulto qué tendría que hacer alguien para dejar de serlo. Ninguna respuesta incluye una política, un gobierno o un mapa negociable, que es lo que Laclau llamaría una demanda. Incluye una sola condición: que Israel no exista.

V

Woke, o la piedra por elevación

El mecanismo no vota, y funciona igual en la vereda de enfrente.

«Woke» nació en el inglés afroamericano y quería decir estar despierto ante la injusticia racial. En la cámara de la derecha hoy designa el feminismo, las políticas trans, los criterios ambientales de las empresas, una sirena negra de Disney y la maestra que corrige con lápiz verde. El 23 de enero de 2025, en Davos, Javier Milei lo dijo con una precisión que Laclau habría envidiado: feminismo, diversidad, inclusión, equidad, inmigración, aborto, ecologismo e ideología de género son «cabezas de una misma criatura». Cadena de equivalencias en estado puro. Ninguna demanda en común, un solo monstruo.

Y después bajó a tierra. Dijo que en sus versiones más extremas la ideología de género constituye abuso infantil, levantó la vista del papel y gritó «¡son pedófilos!». Para ilustrarlo eligió un caso judicial de una pareja homosexual en Estados Unidos.



POR ELEVACIÓN

En el Río de la Plata a eso le decimos pegar por elevación. Se apunta arriba, a una ideología o a una agenda global, y la piedra cae abajo, sobre un cuerpo concreto que estaba en el camino. El blanco declarado es el wokismo. El que recibe el golpe es el pibe gay de un liceo de Rivera, el de siempre, el que ya tenía el hueco hecho por siglos de chiste y de «hacete hombre». La cláusula de «sus versiones más extremas» funciona como el

«yo no tengo nada contra los judíos» del otro lado: deja constancia de una distinción que el resto de la frase se encarga de borrar.

VI

Patriarcado, o el zumbido

Con «patriarcado» la cosa es más incómoda, porque la palabra nombra algo real. La desigualdad entre hombres y mujeres se mide en salarios, en horas de trabajo no pago, en violencia doméstica, en femicidios. Patriarcado es un concepto con historia seria, de Kate Millett a Gerda Lerner, y quien lo usa para analizar una estructura está haciendo sociología.

En la cámara se vuelve un zumbido, que es el ruido semántico con nombre propio. En inglés le dicen buzzword: la palabra que suena a saber sin transmitir información, la que se pronuncia para que el otro sepa de qué lado estás, no para que entienda algo. Y si suena todo el tiempo, el oído deja de registrarla.

En España, la ley del «solo sí es sí» de 2022 terminó rebajando condenas por un defecto de redacción que el Consejo General del Poder Judicial había advertido; para septiembre de 2023, según su propio recuento, iban 1.205 rebajas de pena y 121 agresores sexuales excarcelados. La ministra que la impulsó, Irene Montero, explicó que había jueces que no cumplían la ley por machismo. Varias de esas sentencias, como se apuró a señalar la prensa de derecha, las firmaron juezas. Una categoría capaz de absorber hasta el error de la propia ley ya no explica nada. Zumba.

Y después está el 7 de octubre. Hamas violó, mutiló y filmó. ONU Mujeres condenó los ataques contra civiles el 13 de octubre y después dedicó casi dos meses a hablar solo de las mujeres palestinas. A fines de noviembre publicó en Instagram una condena explícita a Hamas y la borró al rato; la condena específica de la violencia sexual llegó recién el 1.º de diciembre. En la calle circulaba un hashtag que lo resumía sin teoría: MeToo, unless you're a Jew. La demanda (que no se viole a las mujeres) chocó con el enemigo de la cámara, y ganó el enemigo.

Acá el chivo expiatorio cambia de lugar. La piedra no cae sobre otro grupo: cae sobre el feminismo mismo. Cada vez que «patriarcado» explica una mala sentencia, un mal chiste y un silencio cómplice con la misma solvencia, el que mira desde afuera deja de escuchar, y ya no distingue la brecha salarial del zumbido. Para la cámara de enfrente ese ruido es combustible gratis. Milei, en el mismo discurso de Davos, dijo que el feminismo radical distorsiona la igualdad y que, aun en su versión más benévola, es redundante. A una parte del público le bastó con el zumbido que venía oyendo hace años. La cámara que más grita «patriarcado» le hace al feminismo lo que ningún machista organizado logró: lo vuelve inaudible.

VII

El Frente Judaico Popular

Hay un síntoma que delata a cualquier cámara, y es su manera de mirar. Hacia adentro usa microscopio. Ya no se dice feminismo: se dicen feminismos, en plural y con apellido. Radical, liberal, interseccional, decolonial, transincluyente, abolicionista, regulacionista, y una sigla de cuatro letras para las expulsadas. Cada matiz merece un congreso, y cada coma, una ruptura.

Hacia afuera usa brocha gorda. La misma cámara que distingue media docena de feminismos sin despeinarse mira cien años de sionismo y ve una sola cosa. Buber y Stern, el kibutz y el asentamiento, el binacionalista y el halcón: todo «sionismo», todo bloque.



MICROSCOPIO Y BROCHA GORDA

El ombligo en alta definición, el mundo en blanco y negro.

Vivian Silver nació en Winnipeg, se mudó a Israel en los setenta y dedicó medio siglo a la paz. Cofundó Women Wage Peace, un movimiento de mujeres israelíes y palestinas, y en sus últimos años manejaba hasta la

frontera para llevar a enfermos de Gaza a hospitales israelíes. Una compañera del movimiento escribió que los dos pilares de su vida habían sido el feminismo y el sionismo. El 7 de octubre la mataron en su casa del kibutz Be'eri; durante cinco semanas la creyeron rehén, hasta que el ADN la identificó entre las cenizas. No hay casillero para una feminista sionista pacifista, así que para la cámara no existe.

Freud lo llamó narcisismo de las pequeñas diferencias, y Monty Python lo filmó mejor en *La vida de Brian*, con el Frente Popular de Judea odiando al Frente Judaico Popular bastante más que a Roma. Pero la escena tiene una segunda mitad que Freud no contó: el que se pasa la vida afinando el matiz propio desarrolla una ceguera simétrica para el ajeno. El ombligo en alta definición, el mundo en blanco y negro.

Que «sionismo» flote no es el problema. Flotan todos, «feminismo» incluido. El problema es la cámara que reclama para su palabra el derecho a flotar y se lo niega a la del enemigo. La propia se multiplica en matices; la ajena se congela en el único sentido que justifica la piedra. Por eso la brocha gorda no es descuido. El bloque se fabrica bajando la resolución, y Girard lo vio en los mitos: la víctima propiciatoria primero pierde los rasgos que la distinguen, y recién después puede cargar con todas las culpas. La cámara le quita a «sionismo» las caras de Buber, de Ajad Haam y de Vivian Silver, y le deja la que necesita para el golpe.

VIII

Del otro lado del mostrador

La asimetría no tiene dueño, y vale también para la vereda de quien firma. El sionismo de las redes no es el de Buber ni el de Ajad Haam: arrastra los vicios de cualquier tribu de *homi rete*, con la tolerancia a la frustración de una sala de cinco años, y hace con el islam lo mismo que la cámara antisionista hace con el sionismo. Catorce siglos, sunitas y chiitas, sufíes y salafistas, el que reza cinco veces por día y el que ayuna en Ramadán para no disgustar a la abuela: todo comprimido en una palabra y una amenaza. En junio de 2021, Ra'am, un partido árabe islamista, entró a la coalición de gobierno de Israel, y Mansour Abbas se sentó en la mesa donde se reparten los presupuestos. Para esa cámara el dato es tan inasimilable como Vivian Silver para la otra, y recibe el mismo tratamiento: no existe.

El libertario repite la operación con los que llama identitarios. La feminista liberal que pide licencias parentales, la activista trans, el académico decolonial y el sindicalista que nunca abrió un libro de Butler terminan en una bolsa con la etiqueta de zurdos. Los identitarios devuelven la gentileza: parten el mundo entre ellos y los fascistas, con una generosidad para repartir el segundo título que lo gasta justo cuando más falta haría. Cuando cualquiera que discute es facho, el día que aparece uno de verdad ya no queda palabra para nombrarlo. Es el zumbido otra vez, del otro lado del mostrador.

El que mira desde afuera no ve matices: ve una pared. Y si se aleja un poco más, ve algo peor para todos: las cámaras se parecen entre sí bastante más de lo que cualquiera de ellas se parece a la realidad. El que grita «woke», el que grita «sionista», el que grita «islamista» y el que grita «facho» usan la misma gramática,

comparten la alergia a la pregunta concreta y aterrizan en el mismo hueco. El 15 de noviembre de 2023, Elon Musk, cruzado mayor contra el virus mental woke, le respondió «dijiste la verdad absoluta» a un posteo según el cual las comunidades judías promueven el odio contra los blancos. Después pidió perdón, lo llamó el posteo más estúpido de su vida y en enero visitó Auschwitz; para entonces la frase ya había dado la vuelta al mundo. La cámara anti woke, que desprecia con sinceridad a las marchas de Queers for Palestine, terminó apoyada en la misma pared que la Dyke March de Chicago.

IX

Barra sin cancha

Laclau creía que un pueblo se construye a partir de reclamos reales, y por eso su teoría, con todo lo discutible que tiene, pisa algo. Sus herederos digitales, de los dos lados, se quedaron con el enemigo y tiraron los reclamos. Lo que queda es una barra que canta sin cancha, con un rival que siempre es el mismo aunque cambie de camiseta, y una piedra en el bolsillo esperando que la palabra baje a tierra. Humpty Dumpty preguntaba quién manda sobre las palabras. En la cámara manda el enemigo, y si se lo sacás no queda un pueblo: queda un montón de nada.



BARRA SIN CANCHA

Los pollos del meme marchan por KFC. Lo generoso del meme es que les atribuye una causa. En la cámara no la necesitan. Les alcanza con odiar juntos dos minutos, repetir, y escuchar la propia voz que vuelve un

poco más débil, un poco más tarde, con la ilusión de que alguien contestó.

BERNARDO BORKENZTAIN

Químico farmacéutico, divulgador y crítico. Las imágenes que ilustran esta columna fueron generadas con inteligencia artificial (Grok, de xAI) y no representan a personas reales. La traducción del epígrafe de Lewis Carroll es del autor.